

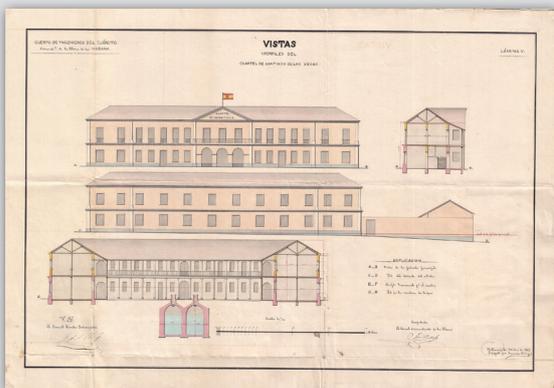


José M^o Rodríguez de Losada

Batalla del puente de Alcolea (1868), acción en la que Villamartín se mantuvo al lado de su general, un derrotado y malherido Pavía, del ejército realista.



Museo del Ejército



Archivo General Militar de Madrid

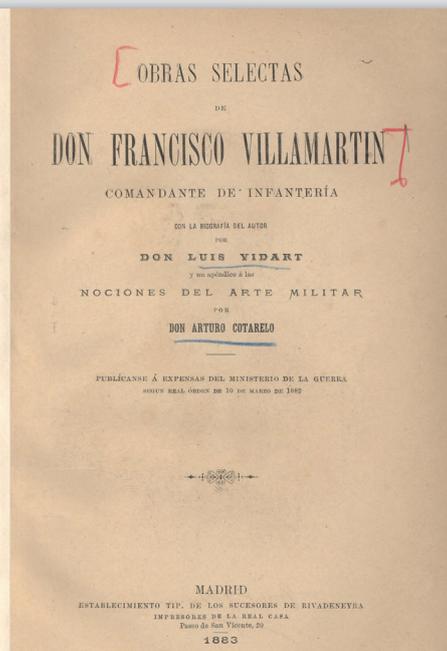
Busto del comandante Villamartín, que se conserva en el Museo del Ejército (Toledo); a la izquierda, «vistas y perfiles» del Cuartel de Santiago de las Vegas (1867), en Cuba, donde estuvo destinado el militar y pensador nacido en Cartagena.



Museo del Ejército



Grupo escultórico dedicado a Villamartín —obra de M. Benlliure e inaugurado por Alfonso XII— en el Alcázar de Toledo.



Biblioteca Central Militar

Obras selectas de Don Francisco Villamartín. Comandante de Infantería, con su biografía, por L. Vidart.

FRANCISCO VILLAMARTÍN, el «Clausewitz» español

Este año se conmemora el 150 aniversario del fallecimiento de uno de los mejores tratadistas de la Ciencia de la Guerra

ENTRE las efemérides conmemoradas este 2022 por el Ejército de Tierra, figura el 150° aniversario de la muerte (1872), a unos tempranos 39 años de edad, del comandante de Infantería Francisco Villamartín Ruiz.

Aunque hoy es poco conocido, se trata no solo de uno de los más destacados tratadistas militares españoles del siglo XIX, sino también, quizá, de uno de los tres pensadores castrenses históricamente más relevantes en nuestro país, junto a Sancho de Londoño (siglo XVI) y el Marqués de Santa Cruz del Marcenado (1684-1732), gracias a su obra *Nociones del Arte Militar*.

Villamartín fue un militar intelectual representativo del nuevo modelo castrense que estableció, a mediados del XIX, el general Narváez, «quien de verdad creó los orígenes del Ejército de hoy en día», según palabras del coronel Benito Tauler en un reciente ciclo de conferencias sobre Villamartín organizado por el Instituto de Historia y Cultura Militar (IHCM) con motivo de la citada celebración.

Este oficial había nacido en Cartagena en julio de 1833. Era hijo de Bruno

Villamartín, teniente de origen hidalgo que luchó en el campo carlista. Un militar que representaba precisamente el Ejército caótico, sobrecargado de oficiales mal pagados y politizados, de la primera mitad del siglo XIX.

Sin embargo, Villamartín, como ejemplo del nuevo modelo de milicia, tuvo una carrera regular y disciplinada contrapuesta a la de su progenitor.

UN HOMBRE TRISTE

Sus biógrafos destacan que siempre fue un hombre triste y solitario —«un gran melancólico», en definición del general

Sus «Nociones del Arte Militar» marcaron la modernización del Ejército en la segunda mitad del siglo XIX

Alonso Baquer—, acaso por el hecho —dicen— de que su padre militara en las filas del ejército perdedor, aunque luego fuera rehabilitado.

Ingresó a los 14 años en el Colegio General Militar de Toledo y fue promovido a subteniente de Infantería a los 16 (1850). En 1854, destinado en el regimiento Saboya, tuvo que luchar contra los insurrectos durante «la Vicalvarada», levantamiento liberal ocurrido en Madrid en los últimos días de julio.

FIEL A SU COMPROMISO

Curiosamente, Villamartín era, con 21 años, hombre de ideas avanzadas, quizá más próximas a la de los militares pronunciados, pero antepuso su sentido de la obligación de permanecer fiel al poder legalmente constituido. Con esta ocasión fue ascendido a teniente.

En 1856, se encontraba en Barcelona donde participó en la defensa del cuartel de San Pablo, durante los sucesos revolucionarios también del mes de julio. Fue herido de un balazo en la pierna derecha y se le promovió a capitán.

Con 23 años, en 1857, Villamartín solicitó pasar destinado a Cuba. Para la profesora Julia Bordonado, quien

Avanzado a su tiempo

DOTADAS de una gran modernidad, que para la profesora Julia Bordonado las convierte en un referente muy válido para la organización empresarial actual, las *Nociones del Arte Militar* del comandante Francisco Villamartín aúnan —en palabras del coronel Romero Serrano— «el estudio de la filosofía de la guerra; la interpretación de la historia militar, el análisis de los modelos de Ejército; Estrategia y Táctica; y una teoría de la Fuerza y las Operaciones».

Villamartín, autor más intuitivo que estudioso de anteriores tratadistas, es muy consciente de las grandes tendencias intelectuales de su tiempo y muestra una visión muy amplia, considerando la guerra como «motor de la historia». Aporta, además, un carácter humanístico, defendiendo que la conflagración es mejor cuanto menos cruel, por lo que no hay que emplear más que la fuerza necesaria.

Gran analista de la Guerra de Secesión estadounidense, la de Crimea y otras de su época, destaca la importancia y utilidad crecientes para la guerra de los adelantos técnicos ofrecidos por la industria, como el vapor —especialmente en la Marina, donde también vaticina el protagonismo futuro de las acciones submarinas y anfibas—, el telégrafo o las armas rayadas. Dentro de la organización resalta la importancia del Estado Mayor, que extiende la acción del mando a todas las unidades.

Villamartín plantea en su obra una reorganización para el Ejército de forma que comprenda pocas tropas pero bien organizadas; cuadros de mando instruidos; leyes militares en armonía con los tiempos y la forma política; administración fácil y económica; depósitos de material y establecimientos y plazas bien provistos y situados; y disponibilidad de material abundante.

Es absolutamente contrario al «ejército de milicias», abogando por un modelo de «ejército de reemplazo», universal y equitativo, tendiendo hacia otro regular y nacional, sobre la base de alistamiento voluntario remunerado.

Las *Nociones* propugnan como organización fundamental para el combate la columna o agrupación muy ágil de tropas —incluidos elementos de las Armas y de los Cuerpos complementarios—, constituida para un fin táctico concreto. La obra propone, asimismo, más de treinta reglas concretas para el enfrentamiento directo, que fueron especialmente apreciadas por la Junta Consultiva que analizó el libro.

Entre las premisas que subraya como muy necesarias, este tratado recuerda cómo la unidad de acción exige un mando único. Por consiguiente, según Villamartín, los ejércitos deben ser conducidos en exclusiva bajo la responsabilidad de un solo hombre.

LA IMPORTANCIA DE LA FORMACIÓN

Entre los pensamientos generales desarrollados por el precursor comandante en su obra, es constante su obsesión por la figura de unos militares profesionales mejor formados y más «completos», propugnando el estudio por los mismos de todas las ciencias e, incluso, de la Filosofía.

Otro aspecto, muy innovador, fue su insistencia en «la influencia que, en nuestro Arte, tiene la forma de nuestra sociedad». El autor insiste, además, en descubrir las buenas o malas condiciones del carácter nacional para dictar las leyes a las que debía sujetarse el modelo español de guerra.

En este sentido, Villamartín pedía recuperar una auténtica escuela española de pensamiento militar, evitando la tendencia —que consideraba imperante desde el siglo XVIII— de contemplar solo los tratados extranjeros.

Muy avanzado a su tiempo, destaca también la importancia de la Opinión Pública. «El arte del general —dice— consiste en poner en armonía lo que la Estrategia y la Táctica dictan con lo que la Opinión exija, y entre dos operaciones para conseguir el mismo resultado, preferir aquella que, aunque no tan clásica según las reglas militares, satisfaga más el espíritu de la Opinión».

Clave, asimismo, es su llamada de atención sobre la necesidad de mantener elevada la moral. «Repasas —escribe— la caída de los grandes imperios y veréis que el primer síntoma de ello ha sido la desorganización moral de las tropas, el lazo que debe unir al Ejército y al país, y el desprecio o el odio del ciudadano hacia el soldado».

ha investigado detalladamente su vida, esta decisión pudo deberse tanto a su disconformidad personal con la situación política en España, como al hecho de que, probablemente, suscitara envidias y no fuera apreciado por sus compañeros. A ello hay que añadir la búsqueda de un incremento salarial, ya que la situación económica de Francisco Villamartín nunca fue boyante.

DEDICACIÓN AL ESTUDIO

Tres años más tarde, con la salud quebrantada por el clima cubano y quizá con algo de nostalgia, regresó a la Península. A principios de 1861, fue destinado al regimiento Toledo, de guarnición en Madrid, y se dedicó intensamente al estudio, así como a la redacción de su obra *Nociones del Arte Militar*, que publicaría en 1862, con 29 años.

Poco después contrajo matrimonio con la hija del cónsul francés en su Cartagena natal. Tras pasar en 1863 por el Batallón de Cazadores de Montaña de Arapiles, acantonado en Madrid, y, desde enero de 1864 destinado en el Consejo de Redención y Enganches, ascendió a comandante en mayo de 1865.

Parece ser que durante estos años, Villamartín colaboró estrechamente con el capitán general Manuel Gutiérrez de la Concha, marqués del Duero, del que fue ayudante de campo a finales de 1863. De hecho, ya le había dedicado sus *Nociones del Arte Militar*, publicadas el 62.

En 1866 estuvo destinado en la Escuela de Tiro de Infantería. En mayo de 1868, Francisco Villamartín fue nombrado ayudante del capitán general Manuel Pavía y Lacy, marqués de Novaliches. No debe confundirse con el también artillero Manuel Pavía y Rodríguez de Alburquerque, quien protagonizó el golpe de Estado de 1874 que puso fin a la I República española.

Durante la batalla del Puente de Alcolea, que enfrentó el 28 de septiembre de 1868 al citado Pavía al mando de las tropas isabelinas y las tropas sublevadas del mariscal Francisco Serrano, el marqués de Novaliches fue derrotado y sufrió grandes heridas en la cara.

A pesar de su ideología, más afín a los republicanos de Pi y Maragall, Villamartín se negó a dejar a su general, le evacuó y acompañó fielmente. Pavía lo ascendió allí mismo a teniente coronel, pero los revolucionarios destituyeron al



Biblioteca Central Militar



Museo del Ejército



La Ilustración

Pepe Díaz

Retrato de Villamartín con el Alcázar de Toledo, ciudad presente en su vida militar, como Madrid, donde sofocó la *Vicalvarada* (arriba) y el marqués del Duero (escultura en la capital madrileña), a quien el comandante dedicó sus *Nociones*.

malherido general al negarse a jurar al rey Amadeo I y anulaban la promoción.

Después también se le denegó la concesión de la Cruz de San Hermenegildo. Desmoralizado, además, por la muerte de su única hija y por la ínfima situación económica que sufría apartado aún del servicio, falleció el 16 de julio de 1872.

DESCONOCIDO EN SU PATRIA

Uno de los aspectos que más amargura le causó durante años fue lo que él juzgó como falta de reconocimiento en España a sus *Nociones*. Lograr esta ponderación y que su obra se declarara texto obligatorio en todas las academias militares, fue la mayor obsesión de su vida.

Según comentó el coronel José Romero en el citado seminario del IHCM, aproximadamente el 85 por 100 del expediente militar de Villamartín, en el Archivo General Militar de Segovia, es documentación relativa a instancias solicitando que se reconociera su trabajo.

Costeó el libro, con gran dificultad, de su propio bolsillo y resultó ruinoso pues prácticamente hubo de «comerse» la edición completa, cuando la había publicado para sacar algún beneficio. En realidad, la obra no resultó tan ignorada, pero los elogios llegaron del extranjero.

Considerado hoy como hombre erudito, de extensos intereses intelectuales

e incluso filósofo, fue un innovador en España en la reivindicación del estudio del arte de la guerra como una ciencia, lo que pronto llamó la atención en Francia.

En 1863, Villamartín había escrito el folleto *Napoleón III y la Academia de Ciencias*, a favor de la iniciativa del emperador galo para incluir en los estudios de la institución la ciencia militar. Este, por su parte, alabó al pensador hispano ante el soberano consorte español Francisco de Asís durante una visita a París, lo que generó la difusión de su figura en el país propio.

Ya condecorado con la Legión de Honor francesa, Villamartín recibió pronto también la Cruz de Carlos III. A la par, en el año 1865, una junta determinó que sus *Nociones del Arte Militar* era una obra valiosa y se le ascendió dos

Hoy está considerado como hombre erudito, de extensos conocimientos e, incluso, filósofo

meses después a comandante. Parece ser que, incluso, se trató de pagarle la obra, pero no hay constancia de que así fuera finalmente.

PROLIJO ESCRITOR Y PERIODISTA

Villamartín, intentando siempre ganar algún dinero adicional, publicó además sendas historias de la Orden de San Fernando y de las Órdenes de Caballería, así como una mediocre guía para viajeros de San Lorenzo del Escorial.

También probó fortuna como dramaturgo con *El tuerto rey*, no estrenado pero que algunos autores teatrales reconocieron de gran mérito. En 1870, añadió un estudio, más en su línea de tratadista militar, sobre la guerra franco-prusiana, bajo el título de *La invasión germánica*.

Se identifica plenamente con el Romanticismo. Además, fue periodista y, como tal, fundó *La Fuerza Pública* y colaboró con periódicos como *El Correo Militar* y *La Discusión*. En este último, que dirigía el republicano Francisco Pi y Suñer, —dice el historiador militar José M^a Gárate Córdova— escribió doce artículos en los que profundizaba sobre la idea de crear una reserva nacional en el Ejército, con el mayor número posible de ciudadanos, además de establecer un servicio público militar permanente.

Alfredo Florensa